

rarse de nuestra batería, á la que volvieron algunos artilleros despues de la carga de caballería, y acompañado por el 5º. regimiento y el 8º. cayó sobre el batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico: resisten el ataque; el comandante del primero D. Juan Mateos es herido; el capitán Arana muere como un valiente; el enemigo cerca á nuestros soldados por todas partes para cortarles la retirada. Entonces se ponen á su cabeza el primer ayudante D. Ramon Tabera y el capitán D. José Barreiro, y procuran abrirse paso intrépidamente; al ejecutarlo recibe el segundo tres heridas que lo ponen fuera de combate; estas fuerzas se reunen á las compañías presidiales mandadas por el coronel Sabariego, y juntas organizan su retirada. El general Arista sabe el triunfo de los Americanos, y dominado todavía por una funesta ceguedad manda para contener al enemigo el resto del regimiento n.º 4º. á las órdenes del coronel Uraga, quienes se baten con valor; pero los Norte-Americanos siguen avanzando, y los cuerpos de la derecha se retiran casi sin combatir. Entonces el general Arista se pone á la cabeza de la caballería, y hace el último esfuerzo cargando sobre los enemigos; pero estos apoderados de los bosques laterales del camino, hacen estragos impunemente sobre nuestros dragones, que tienen que retirarse ordenadamente. Todo quedó en poder del enemigo, que perdió 40 hombres muertos y setenta y un heridos.

XXIV.

Así se inició por una derrota esta larga cadena de

triumfos adquiridos sobre nuestro ejército, fruto natural de tantos desaciertos, inconsecuencias y revoluciones; pero de ninguna manera por falta de valor en el soldado mejicano. Los Norte-Americanos ocuparon á Matamoros el día 18 despues de la retirada de nuestro ejército, que por fin llegó á Monterey y fué nombrado para mandarlo el general Ampudia por la destitucion de Arista. Taylor quiso aprovecharse de sus triunfos penetrando en el país y llegaron sus soldados frente á aquella plaza el 15, y despues de varios ataques en que se apoderaron de varias obras exteriores no sin hallar á veces una denodada resistencia, capituló la guarnicion, conviniéndose en que el ejército se retiraria con sus armas y equipajes, una batería de seis piezas, municionadas con veinte y cuatro tiros de cañon cada una, una parada de cartuchos, y comprometiéndose por su parte los enemigos á no pasar de la línea de los Muertos, Linares y Victoria en siete semanas.

La revolucion de la Ciudadela llamaba al general Santa-Ana, quien llegó á Veracruz á mediados de agosto y proclamó la federacion, restableciendo por decreto del 22 la constitucion de 1824. No habiendo querido Santa-Ana encargarse del gobierno para poder marchar á la campaña contra los Norte-Americanos, continuó el general Salas y durante su administracion se organizó la guardia nacional y el archivo general; se restablecieron la biblioteca pública y las academias de la historia y de la lengua; se creó el fondo judicial y se permitieron las reuniones populares llamadas *meetings*. Reunido el congreso el 6 de diciembre, procedió á organizar el gobierno, y nombró interinamente al general Santa-Ana presidente y

á Gomez Farias vicepresidente. El 11 de enero despues de una acalorada discusion se expidió la ley llamada de *manos muertas* que produjo la guerra civil en la misma capital, y es conocida esta revolucion con el nombre de *palkos* por ser una parte escogida de la poblacion la que tomó las armas para una guerra fratricida, cuando el pabellon de las estrellas aparecia victorioso en varios puntos de la República.

Entretanto el general Santa-Ana organizaba en San Luis Potosí un ejército con los restos del llamado del Norte y varios regimientos que se hallaban en otros puntos, llegando su número á 19,996 hombres, divididos de esta manera : 531 zapadores, 518 artilleros, 13,272 infantes y 3,860 caballos con 39 cañones y abundantes municiones; por este empeño y acierto en buscar elementos de todas partes y preparar en poco tiempo unas fuerzas tan considerables para defender los sagrados derechos de la nacion es digno de todo elogio el general Santa-Ana. Concluida la organizacion de estas fuerzas salió de aquella ciudad sobre el Saltillo, hasta donde habian avanzado las tropas de los Estados Unidos. El enemigo se retiró del punto de Agua-Nueva para reconcentrarse en la Angostura, que era una serie sucesiva de lomas y barrancas. El 22 de febrero llegaron nuestras fuerzas frente al enemigo, y los cuerpos ligeros se dirigieron á tomar un cerro hácia la derecha que por descuido no habia sido ocupado por el enemigo de antemano. Taylor mandó avanzar tambien sus tropas y aquí se trabó un obstinado combate en el que se perdió alguna gente, y se retiraron al fin los Norte-Americanos. Amaneció el

23, y el general Santa-Ana conforme á su plan de ataque mandó avanzar sus fuerzas : los cuerpos ligeros volvieron á trabar el combate con los enemigos. Las tropas mejicanas se movieron en batalla paralelamente : por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco compuesta de los batallones de Zapadores, misto de Tampico y Fijo de Méjico, llevando al regimiento de Húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la division Lombardini que formaba el centro de nuestra linea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atrás, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguia la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4º. de linea, seguia batiendo á las fuerzas americanas que habia al pié.

Segun el mismo parte de Taylor sus tropas ocupaban su posicion en una linea *considerablemente fuerte*. *El camino en este punto es un pasadizo estrecho*, y el valle á su derecha se hace casi *impracticable* para la artilleria por multitud de zanjas *extraordinariamente hondas*, mientras por la izquierda, una sucesion de barrancas y precipicios *se extiende mucho mas allá* de las montañas que cierran el valle. La desigualdad del terreno *era tal* que casi debia paralizar los movimientos de la artilleria y caballeria enemigas, mientras que su infanteria *no podia tampoco* sacar toda la ventaja que debia darle su superioridad numérica. La bateria del capitán Washington del 4º. de artilleria se colocó de modo que dominaba el camino, mientras los regimientos 1º. y 2º. Illinois, á las órdenes de los coroneles Hardin y Bissel, y el 2º. Kentucky á las del coronel Mac Kee, ocupaban las crestas de los cerros á la iz-

quierda y retaguardia. Los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, á las órdenes de los coroneles Yell y Marshall, ocupaban el extremo izquierdo cerca de la base de la montaña, mientras la brigada Indiana, al mando del brigadier Lane, compuesta del 2º. y 3º. regimientos á las órdenes de los coroneles Bowles y Lane, los rifles del Mississippi, mandados por el coronel Davis, los escuadrones del 1º. y 2º. regimientos de dragones á las órdenes del capitán Steen y del teniente coronel May, las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg del número 5 de artillería, ocupaban la reserva.

Nuestras fuerzas se dirigieron sobre la brigada de Lane, que hizo avanzar la artillería Indiana, y según la confesión de los mismos Americanos *no pudo contener el ímpetu del enemigo*: la infantería que se mandó sostenerla, se había retirado en desorden, quedando expuesta, así como la batería, no tan solo á un fuego activo de fusilería por el frente, sino también al desastroso de la metralla dirigida por una batería mejicana á su izquierda. El capitán O'Brien juzgó imposible conservar su posición, á menos de ser sostenido, y pudo tan solo retirar dos de sus piezas, dejando muertos ó inutilizados todos los caballos y sirvientes de la tercera pieza. El segundo regimiento Indiana que, según dejó dicho, había retrocedido en desorden, no pudo volverse á reunir, y no tomó de nuevo parte en el combate, con excepción de un puñado de hombres que, unidos á su valiente coronel Bowles, se reunieron al batallón Mississippi, y prestaron buenos servicios, así como algunos cuantos fugitivos que en las últimas horas del día ayudaron á defender los trenes y

depósitos de Buena-Vista. *Quedando forzada* esta parte de nuestra línea, y apareciendo el enemigo en número excesivo contra nuestro flanco izquierdo, las tropas ligeras que habían hecho tan buenos servicios en la montaña, se vieron *obligadas á retirarse*, lo que en su mayor parte hicieron en buen orden. No obstante, hubo muchos dispersos, que no volvieron á reunirse hasta llegar al depósito de Buena-Vista, á cuya defensa contribuyeron después. El regimiento del coronel Bissel 2º. Illinois, al que se había reunido una sección de la batería del capitán Sherman, se encontró completamente flanqueado, y se vió obligado á retirarse por no hallarse sostenido de ninguna manera. Nuestras fuerzas de infantería y caballería se dirigían por el pie de la montaña sobre nuestra izquierda é iban ganando nuestra retaguardia á gran prisa. En estos momentos llegó el general Taylor que venía del Saltillo y había dejado encargadas sus tropas al brigadier Wool. El regimiento Mississippi había sido dirigido hácia la izquierda antes de llegar á su posición, é inmediatamente entró en acción contra la infantería mejicana, *que nos había flanqueado*; el segundo regimiento Kentucky y una sección de artillería del capitán Bragg, se había movido con anterioridad desde la derecha á reforzar nuestra izquierda, y llegó en el momento mas oportuno. Este regimiento y parte del primero Illinois, mandado por el coronel Hardin, contuvo valientemente al enemigo y recobró una porción del terreno que este había perdido, después de brillantes cargas dadas por nuestra caballería é infantería, en que la bayoneta y la lanza hicieron un gran destrozo en las filas contrarias. Por último con las fuerzas

de reserva de nuestro ejército ordenó una nueva carga el general Santa-Ana, y según los mismos Norte-Americanos *este momento fué de los mas criticos*: el capitán O'Brieu sostuvo hasta lo último con sus dos piezas esta fuerte carga y se vió obligado á *abandonarlas en el campo, por hallarse derrotada toda la infanteria que las sostenia*. Con esta última carga terminó la batalla, en la que el valor mejicano conquistó varias posiciones, y por trofeos banderas y cañones enemigos; pero fueron nada mas que triunfos parciales, pues el enemigo no pudo ser rechazado de su principal posición, y nuestras tropas por falta de viveres se retiraron á San Luis Potosí. Las fuerzas americanas eran 554 oficiales y 4,425 soldados, y su pérdida consistió en 267 muertos, 451 heridos y 25 dispersos. Las mejicanas que entraron en acción serian de 8 á 9,000 hombres, y sus pérdidas mayores que las de los Americanos por nuestra obstinación en el ataque.

Con esta batalla de éxito dudoso se concluyó la campaña emprendida en el norte de nuestra República por el general Taylor, que le dió preponderancia hasta para ser electo después presidente en su país, y sirvió para dar la influencia moral á sus armas hasta la conclusión de la desgraciada guerra para Méjico.

XXV.

Cambiada por los enemigos su base de operaciones y para contrapesar el entusiasmo militar que excitaba con sus batallas el general Taylor en su país, como una prueba de su política enviaron al general Scott con fuerzas con-

siderables por Veracruz, donde desembarcaron el día 9 y empezaron el bombardeo de la ciudad, que contaba 5,560 hombres para su defensa: el día 22 de marzo, á las dos de la tarde, el enemigo intimó rendición, y se contestó con una negativa digna. El bombardeo comenzó desde entonces con mucho vigor causando graves estragos en la ciudad; pero escaseando las municiones, y faltando toda clase de recursos, sus valientes defensores se vieron obligados á capitular el 27 de marzo delante de buques bien armados y de un ejército de tierra numeroso.

Abierto el camino de la capital, el general Scott y el general Santa-Ana trajeron una parte de las fuerzas que pelearon en la Angostura, y con ellas y otras sacadas tomaron posición en el punto Cerro-Gordo para cerrar el paso al enemigo. El enemigo comenzó su ataque el 17, que resistieron valientemente nuestras tropas; pero al día siguiente fueron desalojadas de sus posiciones con pérdidas de consideración y solo la caballería se retiró en orden. Las fuerzas siguieron avanzando y el 25 verificaron su entrada en la ciudad de Puebla, donde no se intentó resistirles. Entretanto el general Santa-Ana, después de la catástrofe de Cerro-Gordo, se dirigió á Orizava y allí encontró las fuerzas que mandaba el general Leon y habia levantado en el Estado de Oajaca; con ellas se dirigió á la capital que amenazaba el enemigo; allí reorganizó un nuevo ejército, y reunió fuerzas de todos puntos de la República con su acostumbrada prontitud. El 9 de agosto se anunció la llegada del enemigo, y en los días 19 y 20 de agosto de este año combatieron las fuerzas mandadas por el general

Valencia contra el grueso de las norte-americanas; sosteniendo su campo el primer día, al amanecer del siguiente fueron destrozadas. Siguió el ejército vencedor su marcha hácia la capital, pero la heroica defensa de Churubusco por unas cortas fuerzas de nacionales y soldados de línea les cerró sus puertas, y dió tiempo á organizar nueva defensa. El 8 de setiembre de 1847 emprendieron tomar el Molino del Rey, edificio situado al Occidente de la ciudad, y despues de grandes pérdidas y de una denodada resistencia lograron apoderarse de él; este combate sirvió para reanimar el valor del soldado mejicano, y si la caballería obra sobre las fuerzas enemigas desbandadas en el primero y segundo asalto, el triunfo completo de la campaña del Valle de Méjico hubiera quedado por nuestros armas, y hubiera cambiado la faz de la guerra. Pero despues de algun reposo el enemigo atacó y tomó el día 15 al amanecer el palacio de Chapultepec, que servia de colegio Militar, y donde se distinguieron los jóvenes alumnos por su valor; no se detuvo aquí, sino que marchó apoderándose de las garitas de Belen y de San Cosme. En la noche de este día se celebró en la Ciudadela una junta de guerra en la que se convino la desocupacion de la capital á causa de la desmoralizacion de nuestras tropas, y en la noche del mismo día salió de la capital el general Santa-Ana con los restos del ejército; y habiendo hecho dimision de la presidencia, el poder vino legalmente á manos del señor Peña y Peña como presidente de la corte de justicia. Encargóse del gobierno en Toluca: de allí marchó á Querétaro, y en noviembre lo entregó al general Anaya, nombrado nuevamente susti-

tuto por el congreso. En enero volvió á recibirlo y lo ejerció hasta mayo en que fué electo presidente interino por la nueva cámara de diputados, y entonces se firmó el tratado de Guadalupe Hidalgo que dió por resultado la cesion de una gran parte de la República. Nosotros creemos que todavía pudo haberse continuado la guerra á pesar de tantos desastres, y que si la política parece aprobar aquel tratado, el patriotismo debió rechazarlo y probar por mas tiempo la fortuna de las armas, aguardando á que despertase la nacion de su letargo causado por tantos años de guerra civil y esa serie interminable de revoluciones.

Los Norte-Americanos comenzaron á evacuar el teatro de sus conquistas, y el general Scott, que fué el que entró triunfante en nuestra capital, fué destituido desde antemano del mando. Pero su émulo el viejo Taylor fué elevado á la suprema magistratura en premio de sus victorias.

Hecha en nuestra República la eleccion constitucional fué nombrado presidente el general Herrera, quien se encargó del gobierno el 5 de junio, y á los dos dias volvió á Méjico. Fué reemplazado el 15 de enero de 1831 por el general Arista, que permaneció hasta el 5 de enero de 1832 en que renunció, y el congreso nombró interinamente á D. Juan Bautista Cevallos. El 19 de enero el gobierno disolvió las Cámaras; la de diputados declaró con lugar á formacion de causa al señor Cevallos, y eligió presidente interino al gobernador de Puebla D. Juan Múgica, quien no aceptó. El 6 de febrero, á consecuencia de un arreglo celebrado entre los jefes y directores de la

revolucion de Guadalajara, se encargó del gobierno el general D. Manuel M. Lombardini hasta el 20 de abril en que entró á la presidencia el general Santa-Ana.

XXVI.

El nuevo presidente habia estado desde fines de 1847, despues de la campaña con los Norte-Americanos en Turbaco, poblacion de la República de Nueva Granada, y su principal objeto fué el arreglo del ejército aumentándolo considerablemente y creando los cuerpos de la guardia, entre los que se distinguieron por su brillo é instruccion, en la infantería, los granaderos al mando de Zires y los cazadores al de Manero; entre los de caballería el regimiento de lanceros y el de granaderos de la misma arma. Este gobierno expidió una ley sobre conspiradores, se organizó la policia secreta y se celebró el tratado de la Mesilla por una indemnizacion de quince millones. Esta época tuvo cierto esplendor aristocrático; se reinstaló la órden nacional de Guadalupe; se celebraron grandes festividades religiosas; los saraos de palacio encantaban por su magnificencia, y todo tenia cierto aire de corte europea. El presidente tomó el dictado de Alteza Serenísima y gobernó arbitrariamente.

La revolucion comenzó á aparecer por el Sur de Méjico amparada por el general Alvarez, antiguo insurgente y de mucha influencia en aquellos rumbos, por D. Ignacio Comonfort, que despues fué el alma de ella, el general Moreno y el coronel de estado mayor D. Florencio Villarreal. El nuevo plan se proclamó en la villa de Ayutla el

1º. de marzo de 1854. El objeto de él era que cesaran en sus funciones el presidente D. Antonio Lopez de Santa-Ana y demás funcionarios que hubiesen desmerecido la confianza del pueblo; convocar un representante por cada Estado, para la eleccion del supremo magistrado investido con amplias facultades; acordar y promulgar un estatuto para cada Estado y territorio por una junta de él mismo; la convocatoria de un congreso extraordinario; proteger al ejército y comercio; la cesacion de las leyes sobre sorteos y pasaportes, y otros puntos menos importantes.

La revolucion pronto cundió por todas aquellas montañas escarpadas, y el presidente en persona quiso castigar á los rebeldes. Salió de Méjico con fuerzas escogidas el 16 de marzo de 1854; atravesó con su ejército los distritos de Cuernavaca, Tasco é Iguala; al cruzar el rio del Mescala salió al encuentro de su vanguardia el guerrillero D. Jesús Villalva y fué rechazado con pérdida, y por fin llegó á Chilpancingo; desde allí continuó su marcha, y al llegar al Conquillo, posicion muy fuerte, el enemigo le disputó el paso que fué forzado al fin por sus valientes soldados. El 19 despues de una travesía penosa llegó el ejército frente á Acapulco, y no pudiendo tomar la fortaleza de San Diego, donde estaba Comonfort, ni por la intriga, ni por la fuerza de las armas, el 26 se retiró, estando desde antes interceptadas sus comunicaciones con la capital. El 30 de abril se trabó una batalla en el Peregrino, posicion formidable en que intentaron cerrar el paso para la capital las fuerzas de Alvarez al ejército que se retiraba, al mismo tiempo que otro cuerpo de tropas atacaba

la retaguardia del ejército de Santa-Ana. Pero el triunfo fué de este último y de sus bravos soldados, aunque no sin pérdidas de consideración, y el 16 de mayo regresó de su expedición á la capital, que lo recibió con arcos triunfales y otras demostraciones de entusiasmo. Pero la revolución progresaba, extendiéndose principalmente por Michoacan, donde levantaron fuerzas D. Santos Degollado, Huerta y Pueblita. El dictador quiso ir á dirigir las operaciones por aquel rumbo, y llevando consigo los brillantes cuerpos de su guardia, anduvo el camino hasta Morelia bajo de arcos y entre festejos y otras manifestaciones de adulación ó aprecio. En Toluca habia organizado sus fuerzas y dió el mando de aquel ejército de operacion al director de artillería general D. Martin Carrera, á quien acompañamos como uno de sus edecanes. Los pronunciados se reconcentraron en la villa de Zamora, pero al acercarse las fuerzas del general Santa-Ana el 15 de mayo abandonaron el punto, y al frente de ellas iba Pueblita; mientras Degollado por una marcha anticipada de flanco amenazaba la capital de la República, pero fué alcanzado y derrotado por el general Tabera en Tizayuca. Comonfort apareció por Ario con fuerzas considerables; pero allí se dirigió el presidente y se retiró el enemigo, pues su táctica era no presentar batallas ni puntos fuertes, sino hostilizar á las tropas del gobierno por el sistema de guerrillas, y gastarlas á fuerza de movimientos, de la desercion y agotando los recursos del erario. El general Santa-Ana volvió á Méjico el 8 de junio con el disgusto de que era muy difícil sofocar aquella revolución por el incremento que habia tomado, y el

sistema de guerra de los contrarios; y viendo el presidente la preponderancia de aquella dejó el mando y salió de la capital el 9 de agosto, nombrando para que lo reemplazara al presidente del supremo tribunal de justicia, y á los generales D. Martin Carrera y D. Mariano Salas.

XXVII.

El día 15 de agosto levantó un acta la capital en favor del plan de Ayutla, nombrando general en jefe á D. Rómulo Diaz de la Vega, que era gobernador y comandante general del Distrito; el mismo general nombró á los representantes y estos eligieron presidente provisional al general D. Martin Carrera, que comenzó á ejercer sus funciones. El cuerpo diplomático viendo que la eleccion habia recaído en una persona tan digna por sus antecedentes de aquel puesto en una crisis tan difícil, se apresuraron á reconocerlo y felicitarlo. No anhelando para sí el mando, sino conciliar los intereses nacionales evitando la anarquía y los horrores de la guerra, y deseando ser el vínculo de union entre la administración pasada y los revolucionarios, invitó á los caudillos de estos para que se reunieran en el pueblo de Dolores el 16 de setiembre con el objeto de conferenciar sobre la marcha que debia adoptarse; en este documento, notable por su generosidad y patriotismo, decia en una parte de él reasumiendo sus deseos: *No se tenga en cuenta mi persona; nada valgo: soy todo de mi patria, y soy sincero y sin aspiraciones de ninguna especie, si no es la de ser buen mejicano y ha-*

ber cooperado á la felicidad comun. Sin embargo los caudillos de la revolucion no la admitieron, á pesar de ser el lugar escogido el mismo que fué cuna de la independencia, y el dia señalado el del glorioso aniversario del primer grito lanzado contra la opresion de la metrópoli. Este documento formará época en la historia de esta revolucion: la sinceridad, la justicia, la verdad, el saber dictaron la invitacion, el patriotismo señaló el lugar y dia en que debia tener efecto, la aplaudieron la concordia y la paz, y fué temida por la ambicion y la anarquía. Fué una prueba evidente de la habilidad y patriotismo del presidente en el conjunto y en los detalles, en el fondo y en la forma. Aunque teniendo el general Carrera elementos disponibles para defender su poder, no deseando servir de pretexto á una lucha de éxito dudoso, y por medio de un desprendimiento raro en nuestro siglo, y sobre todo en nuestro país donde las aspiraciones son la base de cualquier revolucion, renunció el 11 de setiembre, y entonces se adoptó ya sencillamente el plan de Ayutla, quedando otra vez como general en jefe de las tropas del Distrito el valiente general D. Rómulo Diaz de la Vega. En la reunion de los representantes de los departamentos que tuvo lugar en Cuernavaca el 4 de octubre, fué nombrado presidente conforme al plan de Ayutla el general Alvarez; pero no habiendo sido recibido con aceptacion por los ánimos revolucionarios este nombramiento, el 12 de diciembre se publicó el decreto por el cual fué nombrado como presidente sustituto de la República D. Ignacio Comonfort, que era entre los revolucionarios el que gozaba de mas prestigio y simpatías. La ley sobre administracion de

justicia en que se abolia el fuero eclesiástico y el militar fué causa, y algunos de los elementos dispersos de la administracion pasada, del plan llamado de Zacapoaxtla, que se reducía á desconocer al gobierno de Comonfort y á proclamar las Bases Orgánicas de 1843. El acta del pronunciamiento fué levantada el 19 de diciembre y firmada en primer lugar por el general D. Francisco Güitlan y por los coroneles D. Luis G. Ossollos y D. Juan Olloqui. Marchó contra los pronunciados D. Ignacio de la Llave con una brigada numerosa, y toda ella se adhirió al pronunciamiento. Unos mil y quinientos soldados á las órdenes del general Castillo enviados despues obraron de la misma manera. Entretanto el general D. José Lopez Uruga con cerca de dos mil hombres estaba tambien pronunciado en la Sierra-Gorda, pero invocando la carta de 1824. El gobierno se vió en una situacion embarazosísima por falta de recursos y la revolucion amenazante. D. Antonio Haro y Tamariz, ex-ministro del general Santa-Ana, trabajaba por los revolucionarios, y enviado con una escolta para Veracruz con el objeto de hacerlo salir de la República, logró escapárseles con su acostumbrada viveza en el punto llamado *Sal-si-Puedes*, y recurriendo á los sublevados de Zacapoaxtla atacaron á Puebla, que capituló el 23 de enero despues de una viva resistencia, retirándose el general Traconis que la defendía á la capital de la República. Allá se fueron reuniendo muchos jefes y oficiales y con ellos se formó la *Legion de honor*, un cuerpo en que servian los oficiales de soldados. D. Antonio Haro tomó el título de primer jefe, y era el que dirigía la revolucion; pero cometió la torpeza de no avanzar inmediatamente so-

bre la capital, donde reinaba una grande alarma y habia muchas vacilaciones y dudas que se hubieran aclarado en su favor; dando lugar á que el gobierno reuniera los elementos dispersos de su poder y afirmara las bases de su estabilidad, dejándolo todo á la revolucion cuando era necesario violentarle ó aclarar si eran las resistencias de los restos de la última administracion. Por el contrario Comonfort con actividad y diligencia aumentó sus fuerzas, se proporcionó recursos; visitaba los cuarteles, animaba á los vacilantes, y él mismo fué á dirigir en persona las operaciones de la campaña. El ejército, fuerte de 12,000 hombres con cuarenta piezas de artillería, se reconcentró en San Martín Texmelucan, á siete leguas de Méjico; adelantando una brigada móvil al mando de Ghilardi hasta Tlaxcala, punto verdaderamente estratégico, y el cuerpo de ingenieros despues de fortificar la base de operaciones se ocupó en reconocimientos sobre el camino de Puebla; y al fin se dió orden para avanzar sobre aquella ciudad el dia 7 de marzo: el ejército se componia de tres divisiones de infantería al mando de los generales Parrodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería á las órdenes del general Portilla, y una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi, cuyo número ascendió con los refuerzos que llegaron despues á 16,000 hombres con 50 cañones. El dia 7 hizo alto el ejército á tres leguas de Puebla, estableciéndose la division Parrodi á la derecha en Rio-Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango, formando la derecha; Doblado con sus fuerzas se situó en Ocotlan, centro de la línea, y la izquierda en la hacienda de San Isidro:

la brigada Ghilardi quedaba como de reserva en la hacienda de Santa Inés, donde durmió el presidente.

XXVIII.

Los pronunciados de Puebla advertidos de este movimiento dispusieron salir á campo raso á disputar la victoria á un número cuatro veces superior y con la fuerza moral que les imprimia el apoyo de todos los Estados, donde no habia tenido eco el plan de Zacapoaxtla. Era necesario abrirse camino por la fuerza de las armas, y esto iba á buscar aquel cuerpo escogido de soldados: el número de los que salieron de Puebla ascendia á unos 5,000 hombres escasos con 9 piezas de artillería, y lo efectuaron el 8 antes de que amaneciese, y empezaron á descubrir la línea enemiga como á las ocho de la mañana, haciendo retrocediesen las avanzadas que tenian sobre el camino.

Nosotros que tuvimos el honor de batirnos en esta jornada podemos hablar de ella como testigos. El campo de batalla era una gran llanura dominada por las excelsas cimas del Popocatepetl é Ixtlacihuatl, que orgullosas levantaban sus frentes como animando el orgullo militar de los valientes, ó mostrando sus nieves para enfriar el ardor bizarro en una lucha fratricida y probar su decision. La loma de Montero y cerro de Ocotlan, coronados de tropas y cañones, y ya rotos los fuegos, parecian dos arcos guerreros de humo, fuego, acero y trueno, que convidaban á pasar por ellos á nuestros valientes, aunque resguardados por la muerte, y á conquistar los lauros del